

SIBILA FREIJO

LA SAL

  
ESPASA

SIBILA FREIJO

LA SAL



© Sibila Freijo, 2023  
© Editorial Planeta, S.A., 2023  
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 274-2023  
ISBN: 978-84-670-6720-0

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*  
Impresión: Liberduplex



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# 1

## LA SAL

—Ven aquí ahora mismo. Te voy a decir exactamente lo que tienes que traer. Así aprenderás a no poner esa cara de culo cuando te pido algo —dice el padre sentándose con brusquedad a la mesa del salón.

La niña, que apenas es una adolescente de doce o trece años, se acerca atemorizada. Se pregunta qué le espera esta vez. Hubiera sido mejor hacer lo que el padre le había pedido desde el principio, no haberle contestado. Ahora sabe que no hay solución; por muchas disculpas que pida, ya no puede hacer nada.

—Trae aquí un paquete de pan de molde, un salero, un plato y un despertador —le ordena.

Mientras espera a que ella regrese con las cosas, el padre coge del mueble bar un vaso ancho y una botella de *whisky* Dick. Los deja encima de la mesa. Se vuelve a sentar. Se escuchan los ruidos de la niña trajinando en la cocina, abriendo y cerrando cajones y puertas. Con cara de susto, regresa al salón con todas las cosas que el padre le ha pedido. Casi parece que se sujeta al paquete de pan Bimbo. Continúa de pie, esperando el castigo. Él no le dice que se siente.

El semblante del padre es de furia apenas contenida, como si un demonio le habitara y no fuera él, sino otro. Cara de urgencia; las venas de las sienas levemente hinchadas. Abre el paquete de pan de molde y saca dos rebanadas que coloca ceremoniosamente en el plato, comenzando una siniestra escenografía. Coge a continuación el salero, que está lleno hasta arriba, le quita la tapa y lo vacía sobre una de las rebanadas.

Después pone la otra rebanada encima haciendo una suerte de bocadillo. Hay ira en sus movimientos, pero se trata de una ira controlada, en fases cuidadosamente estudiadas.

Coge entonces el pequeño reloj despertador que la niña le ha traído y, golpeándolo contra la mesa, señalando el bocadillo de sal, le dice amenazante:

—Tienes un minuto para comerte esto.

—¿Qué? —pregunta ella perpleja.

—Ya lo has oído. Que te lo comas. ¿No entiendes el castellano o qué?

La niña empieza entonces a comerse el sándwich como puede. La sal le quema la boca, le abrasa la garganta; se ahoga. Los ojos se le llenan de lágrimas, de nervios, de miedo. El estómago se le contrae en una náusea infinita. Pero lo peor no es eso: lo malo es no saber si la cosa acabará ahí o irá a más.

Entre arcadas, se mete un nuevo trozo de bocadillo en la boca ante la mirada impasible del padre, que indica, señalando el despertador, que aún le queda bastante trozo por comer.

—El tiempo se acaba —le apremia.

Cuando ya se lo ha terminado, la niña, que sigue de pie, pide desesperadamente agua entre sollozos y arcadas.

Y el padre, llenando el vaso de *whisky* hasta el borde, le dice:

—Nada de agua. Esto es lo que tienes para beber. Acábate hasta la última gota, ¿me has entendido?

Y vuelve a poner el segundero del despertador y a golpearlo contra la mesa.

## 2

### LOS TELÉFONOS DE LOS MUERTOS

Ya no queda ningún testigo de mi infancia. Mi madre no se acuerda y no le importa, mi padre está en una urna y mis abuelos están todos muertos.

Al día siguiente de morir mi padre, mi madre me entregó todas las fotos mías de bebé y de él de joven en una pequeña bolsa de plástico de El Corte Inglés.

—Toma —me dijo— por si las quieres. Estoy haciendo limpieza. No quiero tener nada suyo.

La infancia no es ninguna patria, es más bien un pueblo abandonado de la España vaciada, un asunto olvidado que parece tener relevancia solo mientras se vive. Después, es un periodo yermo que no sirve para mucho, ni siquiera para volver a él. Es el pellejo de una vida, el sedimento; solo importa el poso que deja, la semilla que dará lugar a una planta robusta o a un esqueje quebradizo. Únicamente los viejos consiguen revivir la infancia; solo al final de nuestros días se nos permite volver al comienzo de todo, como en un círculo vicioso. Pero la infancia requiere de testigos que narren lo sucedido. Requiere también fiarse de esos testigos o confiar ciegamente en la propia memoria. No sé qué es peor.

¿Qué hay de cierto en nuestras vidas, lo que nos cuentan, quizás maquillado, tergiversado, o lo que recordamos y a veces exageramos nosotros mismos? ¿Cuál es la verdad, lo que hemos enterrado y enviado al olvido porque es demasiado doloroso de recordar? Nuestra vida verdadera, entonces, es como la muerte, no acaba de existir, un manantial que nunca

se detiene; un agua siempre fluyendo, a veces turbia, otras más clara.

No tengo ya testigos de mi infancia, así que quiero pensar que hubo cosas buenas que no recuerdo y vivencias terribles que me he debido de inventar o he exagerado.

Me acuerdo de algunas cosas sueltas, breves momentos de alegría, o más bien de normalidad. Uno de ellos sucedió el día en el que Javi, el por aquel entonces novio de mi madre, me llevó de excursión a las afueras de mi ciudad, Marineda, a una zona industrial cerca de una refinería. No sé cómo ni por qué acabamos tirando piedras en un charco de chapapote. Me había ido a buscar a casa de mi abuela. Mi madre no estaba, debía andar trabajando. Yo, que tenía unos siete años, llevaba un vestido blanco con una muñeca en el centro. Javi me devolvió a la casa con el vestido y la cara negros de alquitrán. Mi abuela tuvo que tirarlo. Tenemos una foto en blanco y negro de aquel día que debe estar por alguna parte. La vi una vez, hace tiempo. Yo aparecía encima de sus hombros, todavía limpia. Parecía una niña china con flequillo y coleta, y él, un *hippie* barbudo con una guayabera blanca.

No sé dónde estará ahora esa foto. Mi madre nunca se ocupa de las fotos. Creo que para ella los recuerdos no sirven para nada. Ha quitado de su casa todas las de nuestra familia y solo ha dejado las suyas. Dice que acumulan mucho polvo.

Otro recuerdo infantil: estoy comprando una blusa amarilla y un pantalón vaquero con mi madre; para mí es un gran acontecimiento. Fue de las pocas veces que me compró ropa, o si lo hizo en más ocasiones, no me acuerdo. Siempre me la compraba mi abuela Ma. Guardaba aquel conjunto como un tesoro porque me lo había comprado ella. Aquel mismo día decidí también que mi color favorito sería el amarillo. La elección del color favorito es una de las decisiones más importantes que toma un niño y que después permanecerá inalterable el resto de su vida. Es de las pocas cosas que no cambian jamás. Cambiamos de casa, de país, de pareja, de vida, pero nunca de color favorito.

Me pregunto dónde estarán ahora esas cosas, la blusa amarilla, el pantalón, la foto... Pocas veces se destruyen completamente los objetos que nos han pertenecido; es mejor pensar que se transforman. Quizás por eso me gustan tanto los mercadillos, porque nuestras cosas y las de los demás andan todas por ahí, dispersas, desordenadas y en movimiento para acabar finalmente en manos de otras personas y descansar un rato de sus agotadores viajes. Los objetos son como almas en pena que vagan sin descanso. Hacen el recorrido que, precisamente, no harán nuestras almas. Hay que tener respeto por lo viejo y lo roñoso, por lo que creemos que no vale para nada. Muchas de esas cosas nos van a sobrevivir, así que para algo servirán.

Me gustaría seguir a una prenda a lo largo de su vida, perseguirla allí por donde fuese, por los años y las épocas, por los mercados, por los países, por los contenedores y armarios. Seguirle el rastro. Como si fuera un inspector persiguiendo a un asesino, yo sueño con seguir la pista de un vestido, desde su fabricación hasta su total extinción.

Lo primero que hago cuando compro algo usado es escudriñar bien los bolsillos, mirar si hay algún departamento oculto. Y entonces encuentro al fin los restos de la vida de los otros: un peine que se enredó en sabe Dios qué pelo; un pañuelito doblado pulcramente, aún planchado, desde hace veinte años en un bolso; un caramelo de anís fosilizado en un abrigo de astracán; un número de teléfono que ya no existe en el bolsillo de una chaqueta de *tweed*.

Cuando no estaba de moda la ropa *vintage*, como se la llama ahora, la gente me preguntaba a menudo si no me daba asco ponerme las prendas de otras personas. Y a mí no me daba asco. Como mucho me daba pena. Me dan lástima las cosas abandonadas a su suerte, dejadas solitas. Las prendas expulsadas de sus armarios, mezcladas con otras al azar en cualquier montón de un mercadillo, desubicadas, echando de menos a sus dueños. Tiendo a otorgarle vida a las cosas que han sido de otros, sobre todo a las que no tienen valor: a los trapos, a la cacharrada, a lo pequeño..., al patín sin ruedas, la falda con el dobladillo descosido, la muñeca sin brazos.



Nuestros objetos nos sobreviven siempre o casi siempre, aunque no sepamos dónde está ahora la mitad de lo que hemos tenido, y luego nos dará igual porque estaremos muertos, y si no nos da igual, para eso están las herencias, los legados. Para ti mis libros, para ti mi colección de dedales, para ti mi juego de té chino de los mares del sur comprado en Tahití, para ti mi casa, esa que ahora miras con avaricia, para ti mis fondos de inversión, para ti nada... Para ti mis cenizas, las quieras o no.

Quizás parte de mi vida, con un poco de suerte, quede también contenida en un objeto, seguramente un libro.

No me importa mucho lo de pasar a la posteridad, porque, después de muerta, por mí como si me muero, pero sí me gusta la idea de convertirme en cosa. Si lo pensamos, puede ser una especie de reencarnación. Tú ya no estás, pero sí un rastro de lo que fuiste: un libro que cuenta tu vida, las colchas de ganchillo que tejiste, los cuadros que pintaste, el jardín que llevabas toda una vida cultivando solo por el gusto de ver tus rosas crecer porque no tuviste hijos...

Mi padre es sus libros, sus discos y las postales que siempre mandaba.

Mi padre es, además, ahora mismo, otro objeto abandonado y sin destino: una urna morada con cenizas dentro, con la que no sé qué hacer. «Algo» que está dentro de un armario en su casa, pero que, inevitablemente, tendré que abandonar y esparcir, seguramente, en el lugar equivocado.

Mi padre es un nombre en la agenda del móvil. Aún conservo su teléfono, pero nunca me he atrevido a llamar. Temo que alguien conteste. No él, alguien distinto. Temo que le hayan dado su número a algún vivo que ande por ahí.

Cuando llevaba unas horas muerto, le llamaban al móvil, pero yo no lo cogía. Quizás fuera alguno de sus amigos muertos antes que él para ver dónde se podían encontrar, en qué bar del inframundo. O a lo mejor era alguien que quería saber de su propia boca si, efectivamente, había muerto. No se le iba la batería al puñetero teléfono. Le sobrevivió como un aparato diabólico. Era incomprensible cómo seguía funcionando.

No se puede responder el móvil de alguien que ha muerto. No se puede decir: «El número al que llama no corresponde a ninguna vida». Ningún muerto debería tener teléfono ni redes sociales. La naturaleza debería encargarse de desactivarlos en el momento del último suspiro, cuando todos los órganos vitales han dejado ya de funcionar. Si es tan sabia, debería hacer esas cosas.

La domótica tendría que servir para eso en vez de para que la nevera haga la compra ella sola, algo que decían que iba a pasar en el futuro, pero que en realidad nunca ha sucedido. Nadie quiere que la nevera haga la puñetera compra ella sola porque lo que más nos gusta es ir al Mercadona a comprar el humus personalmente. Sin embargo, todos querríamos no tener que contestar las llamadas perdidas de los muertos.

Nos quitaríamos un peso de encima.